

CANTARES DE BODA

En el *Homenaje a Menéndez y Pelayo* (1) publicó don José María de Pereda unas interesantes notas que tituló, dando exacta cuenta de su contenido, *De cómo se celebran todavía las bodas en cierta comarca montañesa, enclavada en un repliegue de lo más enriscado de la cordillera cantábrica*. La costumbre allí descrita es común a todos los valles altos de la parte occidental de nuestra provincia, y de cualquiera de ellos pensé siempre que habría allegado sus datos el gran novelista. Tiempo andado, en una nota de Menéndez y Pelayo a su estudio sobre los romances recogidos de la tradición oral en la Montaña (2), aprendí la precisa localización de los elementos folklóricos empleados, en este valle de Tudanca. Supongo que Menéndez y Pelayo hablaba autorizadamente, y nada hay de inverosímil en que así sea. Aunque Pereda tan solo visitó esta parte de la Montaña una vez, y en ajeteos electorales, tuvo noticia circunstanciada de costumbres, *tipos y paisajes* por su pariente (y mío), el modesto y fino costumbrista montañés Domingo Cuevas, de quien nos ha dado reciente y atractiva semblanza el conde de Güell, en sus *Apuntes de recuerdos*.

He juzgado de interés completar las referencias de Pereda y aumentar las muestras de cantares. Muchos de ellos tienen evidente traza de tradicionales, y conservan fórmulas y maneras que pueden importar al estudio de la poesía popular.

Exactos son los pormenores del ceremonial de la boda que Pereda recogió y publicara, y no he de repetirles yo con toda la desventaja de mis aptitudes narrativas. Tan sólo debo añadir, aunque padezca la espiritualidad de la fiesta, que la finalidad de los cánticos que acompañan al cortejo nupcial es interesada. La costum-

(1) Homenaje a M. y P.—*Estudios de erudición española*, Madrid 1899, t. II, pág. 941.

(2) *Antología...* Tomo X, pág. 245.

bre exige que novios, padrinos e invitados aludidos en los cantares, den su moneda a las cantadoras. Estas, reunida una cantidad razonable, suelen emplearla otro día en nueva fiesta y jolgorio, de que participa toda la mocedad del pueblo. Es importante esta noticia porque ella da la clave del sentido de varios de los cantares que transcribiré luego.

Todos están hechos a medida de cada momento de la ceremonia. Así son los cinco que Pereda copia en sus notas y todos los siguientes, y tradicionalmente se aplican por las cantadoras a esas precisas ocasiones.

A la salida de la iglesia cantan:

Cinco rosas primorosas
salen de misa mayor,
los novios y los padrinos
y el cura que los casó.

A continuación, y por vez única, este piropo al ministro del sacramento:

Por dencima la corona
que el señor cura traía
ví volar una paloma,
y era la Virgen María.

Los siguientes tienen un carácter admonitivo y alguno hasta docente:

Las arras y los anillos,
las cadenas de San Pedro,
dejaron presa a la niña
y también al caballero.

Esas palabras que oiste
en los libros de San Pedro,
niña, si las deprendiste
servirás al rey del cielo.

Por un sí, que dió la niña
en la puerta de la iglesia,
por un sí, que dió la niña
entró libre y salió presa.

Ya en marcha el cortejo es el momento diputado para los elegios a novia, novio y padrinos, a más de algún cantar que hagan oportuno circunstancias de tiempo y lugar. Así, al divisar la casa de alguno de los contrayentes, se entona:

Desde aquí veo su casa,
en ella quisiera entrar;
casa donde habita un ángel
gloria se puede llamar;

o al tener que atravesar alguna calleja de deficiente urbanización, acaso agravada por el clima:

Llévala de canto en canto,
llévala de piedra en piedra,
que no se manche el zapato
ni el calado de la media.

De los cantares dedicados a novios o padrinos algunos aprovechan fórmulas poéticas incongruentes con la inesperada aplicación:

De las uvas sale el vino,
de las abejas la miel;
la señorita madrina
es un ramo de laurel.

Posiblemente tales fórmulas, que hemos de ver repetidas en otros cantares en estas mismas notas, no corresponden exclusivamente a estas ocasiones, y son aprovechadas en distintas circunstancias, como picayos, bailes, etc... Los siguientes, algunos de los cuales conservan clara muestra de su vejez, están inventados *ad hoc* para bodas, y son inaplicables a otros usos.

La madrina arrastra seda,
el padrino terciopelo;
el novio gasta nobleza
como lindo caballero.

El padrino es una rosa,
la madrina es un clavel;
la novia es un espejo
y el novio se espeja en él.

Estímalas caballero;
bien la puedes estimar;
otro la pidió primero
y no la pudo lograr.

Ya en la casa, y dispuesto el ágape, es indispensable dirigirse, como a persona de más respeto, al que bendice la mesa, inquiriéndolo primero:

La bendición de la mesa
pregunto quién la echaría,

a lo que ellas mismas se contestan con fórmula usada especialmente en picayos:

la echaría don.
que a ese le correspondía.

A continuación el elogio o piropo con interesante fórmula preliminar:

El que echó el pico al garbanzo
y echó el mango a la cereza;
del cielo le caiga un ramo
al que bendijo la mesa.

Inmediatamente una delicada alusión a su refinamiento y abundancia, tal como estas cualidades se entienden entre rústicos:

Qué bien parece la mesa
adorná de pan y vino;
mejor parece la novia
arimada a su marido.

Ya empezada la comida comienza el tiroteo de alusiones a los comensales. Primero los hermanos de los contrayentes. Es típico este cantar de complaciente elasticidad para hermanos o hermanas:

El señor (o señora).
contento (o contenta) se debe hallar,
porque va a coger el mando
que su hermano (o hermana) va a dejar.

A los mozos que por simpatía o presunta espléndidez se quiere halagar se les dirá algo agradable, precedido de una fórmula caballescya y honrosa. Los que disfruten de pocas simpatías, máxime si hay barruntos de sordidez en el esperado óbolo, escucharán por el contrario alguna pulla desabrida tras la correspondiente fórmula desconsiderada. Debo parar la atención en estas venerables fórmulas, viejos ecos de tono épico, sin sentido para las cantadoras y auditorios actuales, supervivencias de atributos indumentarios (como la seda y el terciopelo de un cantar copiado antes), contemporáneos de los más viejos elementos tradicionales.

El señor don.
el de la ceñida espada,

o bien

el señor.
el del ceñido cordón.

Y con la terminación suele resultar el cantar de esta o de parecida suerte.

El señor don.
el de la ceñida espada,
dos niñas tiene en los ojos
y otra niña le faltaba,

o

el señor.
el del ceñido cordón,
no deja de tener novia
por no tener afición.

La malicia, ya moderna, ha popularizado cantares petitorios que tienen el valor de verdaderos e ingeniosos epigramas. Aunque sale de los límites de estas notas, que pretenden alumbrar tan solo algunos materiales tradicionales, no resisto la tentación, y este es el lugar, de copiar alguno.

Señor juez municipal,
denos usted veinte reales;
y luego lo agrega usted
a gastos municipales.

A los casados suele dirigírseles esta indirecta.

Señor...,
eche usted mano al reló;
más abajo está el dinero
que es lo que busco yo.

Finalmente, para enmendar olvidos involuntarios, siempre se canta este como final:

A todos los canto igual,
a todos los de la boda,
uno a uno no puedo
que soy floja de memoria.

El incidente más chistoso es que algún comensal de los celebrados por las cantadoras se muestre rehacio a soltar el dinero. Tal resistencia al tributo pecuniario de gratitud tiene su correctivo en viejos cantares.

Aquí se apara mi pluma,
aquí se cierra el tintero,
que (los novios, o padrinos, o quien sea)
se nos van con el dinero.

Cuando es invencible la contumacia del roñoso ha de sufrir el infamante *echar la niebla*.

Entre la piedra y la niebla
y el cierzo que va viniendo
no puedo ver la ruina
que trae ese caballero.

No hay quien resista a este cantar cuyo sentido denigrador parece más claro que intenso.

Mas no todos los cantares son de alegría y buen humor. A veces aparece reflejada en ellos la melancolía inevitable de toda fiesta; que nunca lo son para todos. Cierre la colecta uno de este tipo, con su correspondiente bordoncillo incongruente preliminar, como los más interesantes que hemos reproducido.

De un rosal sale una rosa,
de una maceta un clavel;
una madre cría un hijo
y no sabe para quién.

Queda con esto completada la relación de Pereda, conforme a mi promesa. Juzgo que estas migajas folklóricas tienen algún interés para el estudio de la poesía tradicional. Por ello me he decidido a dar estas notas a la publicidad.

JOSÉ M.^a DE COSSÍO.

La Casona de Tudanca.
